

ces de todos los humildes se escapasen condensadas y lumínicas, trepasen por los ángulos de las torres y se empinasen en la cima de las cruces para perforar los cielos y llegar con presteza hasta Jehová.

Suspensas en lo alto, y escritos con caracteres de fuego, se leían, no el Mane, Thecel, Phares, que dió pavor al Rey de Babilonia, sino estas palabras "BIENVENIDO." ¡Bienvenido!

Era la salutación que la ciudad de Chihuahua daba á su ilustre huésped, el egregio General Porfirio Díaz; era la simple y sincera frase con que se saludaba al Gran Presidente de la República Mexicana; eran las palabras nobles y respetuosas con que la ciudad rendía pleito-homenaje al hombre que encarnaba para ella el símbolo glorioso de la Patria.

En la excelsitud de aquella noche memorable, nos creíamos transportados á un país de milagro, en donde no una, sino millares de hadas, fuesen tocando con sus dedos de rosa y luz, cada uno de los objetos presentes á la vista.

La fachada del Palacio Municipal era de una belleza indescriptible. Así debieron ser los palacios que soñaba *Scheherezada*, la sultana de rica fantasía que nos legó los cuentos orientales.

En lo alto, y en medio, el "Gorro Frigio" dardeaba el espacio con sus flechas de luz, que brotaban de un centro incandescente y rojo; á cada lado un águila luminosa y gigante posada en un nopal, estrechaba en sus garras el cuerpo de colosal serpiente, y con el corvo pico la afixiaba feroz. Luego raudales de luz bordeaban paralela y horizontalmente todas las líneas de la hermosa obra arquitectónica y le prestaban un aspecto de ligereza tal, que parecía flotar sobre los aires, no sujeta á pesadumbre. Ostentaba también una leyenda que decía: "El Ayuntamien-

to de Chihuahua, al Héroe de la Paz."

Y en todos los casos, la luz, ora como un encaje caprichoso lamía las paredes, ora como un verdadero arroyuelo se deslizaba en ondas mil y se perdía silenciosa en el espacio.

Situándose en altura dominante el suelo parecía regado de astros; y visto desde lejos, aquello semejava una inmensa hornaza en gestación de soles.

En el centro de la plaza, erguía el elegante kiosco, y por sus columnas trepaban igniscentes enredaderas de flores de oro, semejantes á *fushias* de opalinos cálices y pétalos auriscentes.

Las Bandas unidas del 3er. Regimiento y 12º Batallón hacían vibrar los aires volcando en ellos las más dulces armonías; y bajo la multitud informe, ebria por el encanto mirífico del medio, abordaba los jardines, llenaba los andadores, se apiñaba en el arroyo, y dejaba escapar hácia los cielos como un rumor inmenso de colmena.

Era un trabajo ingente, de titanes, atravesar la calle en cualquiera parte.

En aquel reducido espacio más de veinte mil personas habíanse dado cita; y es por esto una verdadera maravilla, es por esto un verdadero triunfo de la cultura del pueblo, que no se haya registrado ni el más ligero desorden.

Pero ni el portento de la espléndida iluminación, ni la magia de la música hubieran sido motivos suficientes para que la avalancha humana hubiese rodado hasta la plaza, á no haber estado incluida en el programa de las fiestas la promesa de que el Ilustre General, á las diez de la noche de ese día, saldría á saludar al pueblo desde uno de los balcones de la casa presidencial.

Y como nadie, ni grandes ni pequeños, ni hombres ni mujeres, que-

rían dejar escapar la oportunidad preciosa de contemplar al hombre que para ellos es el símbolo de la Patria, todos nerviosamente dirigían sus miradas hácia el reloj de Catedral, y hubieran contado á ser posible hasta los segundos que faltaban para la hora anunciada.

Los más prácticos, como si les importase un bledo los acordes triunfales de la música, desdeñaron el estrecho recinto de la plaza y se agolpaban en semicírculo frente á la residencia del señor Gobernador, y la masa humana se extendía, inundando la calle Libertad, la parte de la calle Segunda frente á Catedral y el costado izquierdo de este mismo templo.

No por esto las demás calles se encontraban solitarias. El arroyo y las aceras se encontraban plétóricos, y todos los ojos atizaban hácia un solo punto: el balcón central de la rica mansión en donde se hospedaba el General Presidente.

Los niños y las damas y los hombres á quienes tocaba en suerte algún asiento, algún montículo que pudiese elevarlos algo sobre la inmensa multitud, no perdían el tiempo en vanas contemplaciones, sino que se encaramaban bulliciosos y felices procurando ver á su sabor.

Todos hubiesen querido tener un ojo en cada poro de la cara, para aprisionar con fotográfica precisión los rasgos fisonómicos peculiares al insigne caudillo de la República.

Todos querían poder contar "he visto, he visto y admirado á nuestro gran Presidente."

Muchos había también que se daban por adelantado el secreto placer de contar alguna vez á futuros netezuelos, alguna anécdota referente á don Porfirio Díaz, y empezaban así la conversación *in petto*: "Cuando con estentóreo "viva" saludé la aparición del Presidente."

Por último, algunos viejecillos del

tiempo de "Tuxtepec" que de veras habían conocido al héroe, habían servido su causa, ó alistádose á sus órdenes en filas, todos temblorosos esperaban el solemne instante de aquella aparición, y sentían asombrados que á sus ojos asomaban lágrimas, y hablaban á los próximos con voz que era un sollozo comprimido.

Cuando la tensión nerviosa llegaba al grado máximo, sonaron las diez en el reloj de Catedral, y en el instante un grito se escapó de todos los pechos, y mil aplausos resonaron largamente.

Después hubo un silencio como si la plaza y la calle se hubiesen despoblado; y á ese instante de expectación que parecía prolongarse dolorosamente, sucediéronse los ¡hurras! y los ¡vivas! y los aplausos; y las marciales notas de nuestro Himno Nacional provocaron una expansión de alivio en todos los corazones y se repitieron largos y prolongados los aplausos y los ¡vivas!

Era que el señor Presidente acababa de presentarse en el balcón, acompañado de la señora Angela Terrazas de Creel, de la señora Adela Creel de Cortazar, y de los señores Ministros Lic. Olegario Molina y General don Manuel González Cosío, señor Gobernador don Enrique C. Creel, señor Secretario Lic. don Guillermo Porras y otras personas cuyos nombres la memoria infiel no ha conservado.

De pronto, de la multitud se adelantó un hombre, y con voz enérgica y vibrante, aunque algo temblorosa por la solemnidad del acto, pronunció á nombre de las sociedades obreras una alocución, sentida y hermosa. Manifestó en ella cuánto la Patria era deudora al ilustre Presidente, y cuánto las sociedades obreras le debían por haberlas siempre atendido bondadoso, cuantas veces á él han recurrido en demanda de justicia.

Quien así hablaba era el señor Silvino Rodríguez, Presidente de la importante Sociedad de Mecánicos Mexicanos.

Cosechó al terminar justos aplausos, y el señor Gral. Díaz le significó su agradecimiento con bondadoso ademán.

Pocos instantes después el señor Presidente se retiró del balcón, seguido de las personas que lo acom-

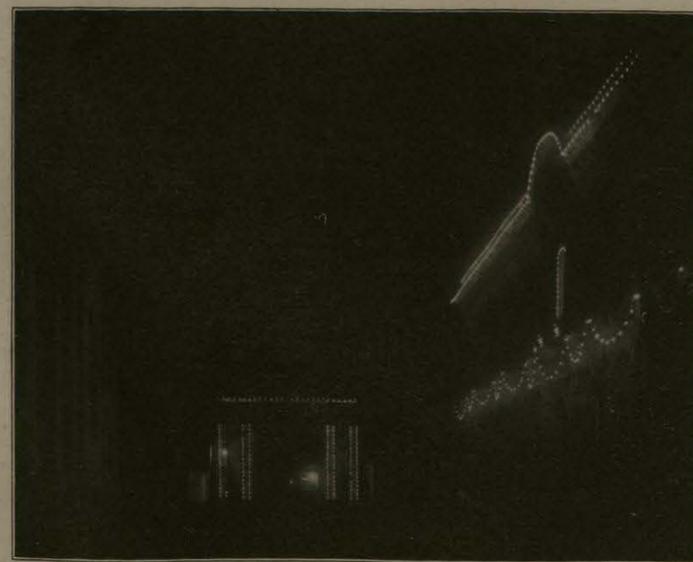
pañaron; y nuevamente la multitud lanzó ¡vivas! al Héroe de la Paz y estalló en ruidosos y prolongados aplausos.

La música prosiguió con sus cadencias inyectando alegría en los corazones y aquella enorme multitud empezó á desparramarse por las calles, comentando con palabras entusiastas la figura marcial del gran Caudillo.

MANUEL AGUILAR SÁENZ.



TORRES DE CATEDRAL ILUMINADAS.



PALACIO DE GOBIERNO ILUMINADO.



PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN ILUMINADA.



CALLE DE LA LIBERTAD ILUMINADA.



Nota Oficial.

Para conocimiento del C. Gobernador del Estado, tengo el honor de informar á usted de un hecho digno de mencionarse, pues que por sí solo revela la cultura del progresista pueblo chihuahuense, y es el siguiente: En los días 13 y 14 del actual, en que se verificaron las fiestas presidenciales, no obstante la excepcional gran afluencia de personas, que con ese motivo visitaron la ciudad, no llegó á registrarse siquiera una sola falta grave contra el orden público; y en cuanto á las consignaciones por faltas leves de las que, por regla general, se registran de ordinario y diariamente de treinta á treinta y cinco, en los mencionados días se redujeron á diez y doce respectivamente.

El servicio de vigilancia se cubrió, como siempre, con la Gendarmería Municipal y la Reservada, con el Cuerpo de Gendarmes del Estado y un piquete de rurales auxiliares del Ejército; y como de servicio extraordinario, se hizo uso de una Sección de Gendarmes, que á las órdenes del señor Comisario José Manuel Reyes vino expresamente de la ciudad de México.

Personas ilustradas calculan que el número de visitantes en la ciudad,

durante los referidos días, puede estimarse de quince á veinte mil y el movimiento de la población entre treinta y cinco y cuarenta mil habitantes; en consecuencia, á propios y extraños les llamó poderosamente la atención el hecho que dejo indicado, porque además de constituir una nota reveladora de la cultura y civismo de nuestro pueblo, lo es del respeto y cariño que en el Estado se profesa al señor Presidente de la República, General Porfirio Díaz; y por último: de los inapreciables beneficios que poco á poco va conquistando la sociedad, con la fiel observancia de las acertadas disposiciones de la ley local, sobre venta de bebidas embriagantes; pues debo hacer constar, que la Jefatura de mi cargo mandó suspender con la debida oportunidad la venta de esa clase de bebidas, por sólo el tiempo absolutamente necesario, y de acuerdo con lo dispuesto por la citada ley.

Protesto á usted las seguridades de mi atenta consideración.

Libertad y Constitución. Chihuahua, octubre 17 de 1909.—El Jefe Político, *José Asúnsolo*.—El Secretario, *Elias Acosta*.—Rúbricas.—Al C. Secretario General del Gobierno.—Presente.

La Visita Presidencial.

Participación de todas las clases sociales.

Palpable alegría del pueblo chihuahuense y entusiastas aplausos
prodigados espontáneamente al señor General Díaz.

Jamás nota alguna, en la vida social ó política de la generación presente, había conmovido tan grata y profundamente á la ciudad de Chihuahua, como la nueva de que el señor General Díaz la honraría con su presencia. Trasmitiéndose de boca en boca, con celeridad sorprendente, haciendo eco en cada corazón, arrancando acentos de creciente alegría, y alcanzando cada vez mayores resonancias, hasta que tan fausto y anhelado acontecimiento llegó á ser el tema de toda conversación y el punto objetivo de todas las expectativas.

Y comenzó, simultáneamente con el convencimiento de que la deseada visita pronto se convertiría en realidad, el arreglo y disposición de todo ese conjunto de detalles que en tales ocasiones demanda la hospitalidad y aconseja el verdadero civismo; pero llevado á cabo todo con tan marcadas manifestaciones de cariño, con una espontaneidad tal, que más se asemejaban á los preliminares de una recepción familiar que á los preparativos de un acto oficial, dándose el caso, repetidas veces, en que la voluntaria oferta de servicios personales adelantóse á la solicitud por

parte de los directores de comisiones, y en que la iniciativa individual se anticipara al programa general con gran actividad formulado.

Hubo artesanos que ofrecieron gratuitamente el contingente de su labor, solicitando alguno de ellos el privilegio de encargarse, por cuenta propia, del adorno de cierto monumento para él especialmente querido. Entre los chihuahuenses pudientes sobreabundó la buena voluntad, como lo revelaron elocuentemente la multitud de casas particulares ornamentadas á todo costo, el número mayor aún de las que abrieron sus puertas para recibir á los invitados, y el arco triunfal, la exposición de productos naturales, y cuantas oportunidades se presentaron para demostrar sus afectos y sus entusiasmos. Mas no eran artesanos ni acomodados, empleados públicos ni particulares los que participaban en aquellos actos; era todo un pueblo patriota y viril, pletórico de amor al terruño y anhelante de hacer honor á la Patria, personificada en el egregio Presidente, que se aprestaba á la celebración de una serie de festividades, en pompa y esplendor, sobrepasando á cuantas hasta entonces

se habían presenciado en Chihuahua.

Tocaron á su fin los preliminares de la recepción. Se llegó la hora con ansiedad esperada. La trayectoria que debía recorrer el señor Presidente estaba marcada por la valla de honor que formaban cinco mil alumnos portando flores, banderolas y fusiles; después, la compacta y más numerosa valla de simpatía popular, integrada por elementos de todas las clases sociales; arriba, asomadas á las ventanas y balcones, testas coronadas por la nieve de los años y cabecitas infantiles aureoladas por rubias cabelleras, aproximándose ó separándose en las alternativas de animados coloquios; más arriba, sobre las azoteas de algunas casas, improvisadas graderías desde donde múltiples familias dominaban con la mirada la mayor extensión posible de la vía presidencial. Y abajo y arriba, en la calle y en la casa, semblantes iluminados por la alegría y corazones palpitantes de cariño. Que si por millares se contaban los focos de luz que en ondas, festones y estrellas deberían alumbrar el trayecto, más, mil veces más, eran las luces que el júbilo había prendido ya en el alma de las multitudes.

El cuadro que en aquellos momentos ofrecía el pueblo chihuahuense no podría ser ni más revelador de respeto y cultura, ni más significativo del inmenso afecto que aquí se siente por el Primer Magistrado de la Nación.

No se necesitaba de la profunda observación del psicólogo para comprender que en cada uno de aquellos veinte mil ó más manifestantes, por convencimiento propio, imperaba la misma noción de orden. No del orden impuesto por circunstancias externas, pues la fuerza gendarmeril de que se disponía era bien reducida para vigilar siquiera una parte considerable de la grande extensión que ocupaba la concurren-

cia, sino del orden que emana de condiciones internas, fruto de la voluntad cultivada y de sentimientos rectamente disciplinados. Ni una riña, ni un escándalo, ni una desgracia, que nosotros sepamos, vino á empañar las alegrías de aquella manifestación. Había libertad sin libertinaje, entusiasmo sin impacencias. Denotaba aquel espectáculo el alto grado de civilización á que felizmente ha llegado nuestro pueblo, durante una era de más de un cuarto de siglo de paz porfiriana.

Resonaron en el espacio las primeras notas de nuestro himno, y un estremecimiento general sacudió fuertemente á la muchedumbre de un extremo al otro de la compacta valla humana; y los aplausos y las aclamaciones de los que primero distinguieron al ilustre Caudillo, fueron propagándose y aumentando hasta formar un rumor inmenso, rayando en frenesí el entusiasmo de cada agrupación que confrontaba la carroza presidencial. Las fuerzas militares cerraron columnas tras la comitiva de honor, y trataron de formar escolta; mas el pueblo, ansioso de acercarse y de acompañar á su Presidente, lleno de justo orgullo al recibirlo en su propia tierra, se interpuso y formó una escolta netamente democrática que por lo espontáneo y sentido de sus manifestaciones, hubiera hecho honor al gobernante más popular de cualquiera de las naciones del orbe.

Al hacer mención del pueblo no me refiero al proletariado solamente, que en aquella procesión heterogénea hallábanse confundidos el jornalero y el profesionista; caballeros de traje irreprochable y campesinos de ruda indumentaria; jóvenes endebles, de buena crianza, y rústicos mozos de musculación hercúlea; ancianos despojados de su habitual gravedad y chicuelos juguetones y rebosantes de vida; banderas y estandartes; ví-

tores y clarines; todos animados por el mismo espíritu, todo movido por igual impulso. Las alumnas formando vallas arrojaban flores, los niños presentaban armas, y la gente de los balcones aplaudía y poblaba el espacio con acentos de alegría y bienvenida, al pasar el señor Presidente de la República.

Yo no sé qué fascinación se posesionó de mí—confesaba después un joven ilustrado y circunspecto,—al pasar el Presidente por frente á donde yo estaba; sin darme cuenta de lo que hacía, corrí en pos de su carroza, vitoreando y aplaudiendo, con las multitudes que le seguían, y sin detenerme un solo instante, en el largo trayecto de más de dos kilómetros, hasta llegar á la mansión presidencial. Tal vez fué el alma de la muchedumbre lo que de mí se apoderó en aquellos momentos de sensación indescriptible.

—Me descubriré respetuosamente, en señal de saludo, á la pasada del Presidente,—me había dicho—afirmaba otra persona de reconocida seriedad, mas al verle cerca de mí, sentí que el corazón se ensanchaba, y la garganta estalló en aclamaciones de orgullo y entusiasmo, al igual que cuantos en aquel instante me rodeaban.

Y cuando después de breves momentos de espera, en que las multitudes invadieron en enorme oleada la Plaza y las calles adyacentes, apareció en el balcón presidencial el gran Patricio, y fué saludado por una aclamación inmensa, que brotaba de todos los labios y de todos los corazones, hubo un instante de solemne recogimiento, en que el pueblo contemplaba la marcial figura del Presidente, como se contempla la encarnación de la Patria:

Quien entónces hubiera aproximado el oído á la conciencia popular habría percibido la voz interna enunciando el verdadero significado de aquellas manifestaciones. Era el pueblo que ante la grandeza de uno de sus patricios evocaba las propias grandezas, y sentía el orgullo de su raza, de su tierra y de su historia.

El vigor que notaba en el Presidente le hablaba de las energías de la nación y robustecía su fe en el porvenir. La confianza que se le dispensaba le hacía creer en sí, y abría su corazón á las sublimes inspiraciones de aquel momento histórico. Era el alma de un pueblo heróico que sentía el poderoso influjo del alma de un Héroe, y que se confundía en el alma de la Patria.

SERVANDO I. ESQUIVEL.



Visita á la Presa.

En el claro amanecer del catorce de octubre, el pabellón amado de los tres colores ondeó sobre los edificios públicos, acariciado por el suave viento matinal que en los huertos y en los jardines y en los campos comenzaba á arrancar melancólicamente las hojas de los árboles, anunciando la iniciación del otoño; de las bocas de fuego de los cañones partieron veintiún saludos; el vibrar armonioso de las campanas de bronce se esparció en ondas sonoras por el ambiente, y las músicas militares lanzaron á los aires sus notas alegres como las voces aclamatorias de un pueblo en regocijo, evocando los días triunfales que en las páginas gloriosas de nuestra historia resplandecen con luz de aurora.

Despertaba la ciudad activa; ya no con su traje de obrera infatigable entregada á constante labor; sino ataviada con las mejores y más brillantes galas de sus grandes días de fiesta; sonriente y ufana cual mujer joven y bella, coronada de lirios y de rosas, que se disponía á continuar festejando al hombre ilustre que era su huésped; al notable hombre de Estado á quien, por su obra de paz y de concordia, debe la prosperidad de que hoy disfruta, y el respeto de que goza y la admiración que despierta entre propios y extraños.

Las ocho y media sonaban en el reloj de una de las esbeltas torres de la Catedral, de esa antigua iglesia de la época del Virreinato, que en la noche anterior había lucido una iluminación féerica, cuando el señor General Díaz, asomado nuevamente al balcón de la casa presidencial, presenció la marcha uniforme y disciplinada de un batallón escolar.

En el alma del gran soldado de la República, ante aquella niñez florida—promesa de patriotismo y de honor—que llevaba gallardamente el rifle al hombro y marchaba con firmeza y despejo, como acostumbrada á las largas y difíciles jornadas, debe haber asomado el espíritu guerrero de su primera juventud y de los años que le siguieron, cuando se lanzaba á los combates, exponiendo en ellos la vida, en pos del ideal republicano y en defensa de la soberanía nacional.

A las nueve, ocupando coches y automóviles, el Jefe de la Nación, el señor Gobernador del Estado, los señores Ministros González Cosío y Molina y demás personas invitadas, se dirigieron hácia la Presa del Chuvísca, esa magna obra inaugurada en septiembre del año pasado.

Por el largo camino que arranca de la calle Victoria, pasa sobre el puente de piedra que lleva el nombre